

Julia Coria

LA HORDA PRIMITIVA

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

JULIA CORIA
LA HORDA PRIMITIVA

TUSQUETS
EDITORES

Coria, Julia

La horda primitiva / Julia Coria. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Tusquets Editores, 2022.

256 p. ; 21 x 14 cm.

ISBN 978-987-670-692-6

1. Literatura Argentina. 2. Narrativa Argentina. I. Título.
CDD A863

1.ª edición: abril de 2022

© 2022, María Julia Corina

Todos los derechos reservados

© 2022, Tusquets Editores S.A.
Av. Independencia 1682 - C1100ABQ - C.A.B.A.
info@tusquets.com.ar

ISBN: 978-987-670-692-6

5.000 ejemplares

Impreso en Primera Clase,

California 1231, Ciudad Autónoma de Buenos Aires,
en el mes de marzo de 2022

Hecho el depósito que previene la Ley 11.723

Impreso en Argentina - Printed in Argentina

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446 de la República Argentina.

Nos enteramos por la mismísima Bea Baigorria. Los chiquitos estaban en casa. Sonia los había dejado por la mañana antes de salir para Aeroparque, y como nosotras no teníamos que trabajar se quedaron remoloneando en vez de ir al colegio. Por eso la tele estaba clavada en los canales de dibujos animados, pero de fondo, porque Clarita dibujaba y Benji jugaba con sus autitos. A Zuli le habrá parecido que no miraban y cambió de canal. A lo mejor, en la tele estuvieron todo el día con el tema, pero nosotras, en la luna de Valencia. Cuando Zuli gritó, yo estaba en la cocina y salí corriendo con el corazón en la boca. Pensé que alguno de los chicos se habría roto la cabeza o que ella se habría descaderado.

Por más que a Sonia no le gustaba que los chiquitos vieran noticieros, ni Zuli ni yo fuimos capaces de cambiar, y Benji siguió con sus autos, pero Clarita, que recién estaba aprendiendo a leer, nos demostró que podía hacerlo mejor de lo que pensábamos:

—Em-ba-ra-za-da-des-cuar-ti-za-da.

En su programa *Lo importante*, Bea dijo que la habían matado con saña y que la policía sospechaba que el asesino tenía que ser conocido de la víctima, porque no había signos de que la cerradura hubiera sido forzada, ni de que nadie hubiera entrado por ninguna parte que no fuera la puerta de calle. Alguien del círculo íntimo, decía Bea.

Le habían dado pentotal para sedarla y, una vez adormecida, ahí mismo en su cama, le habían abierto la panza de par en par, desde la pelvis hasta el pecho, habían sacado al bebito

y, sin cortar el cordón ni nada, lo habían metido en el moisés lleno de puntillas que la pobre chica, con toda ilusión, tenía listo junto a la cama. Me acordé de *Irene*, la novela de Lemaître. A la mujer del detective le pasa algo así, y a mí no se me ocurría otro punto de comparación. Yo creía que en la vida real no pasaban esas cosas.

El marido de la chica, Leonardo, los encontró varias horas después. Había pasado la noche en un micro de larga distancia, volvía de visitar a su padre en General Pico y no había pegado un ojo en toda la noche, preocupado porque Sabrina no le atendía el teléfono ni le contestaba los mensajes; tal vez intuía algo: esas cosas se presienten. Bea reveló que, al ver la escena del crimen, Leonardo se había orinado encima y se había puesto a gritar, y que los vecinos habían dado parte a la policía creyendo que habían entrado ladrones. ¿Qué se iban a imaginar? Nadie mata a una embarazada.

Era la primera vez que conocíamos a los protagonistas de una noticia policial: Zuli y yo reconocimos a Sabrina enseguida, primero porque nuestro trabajo nos dio muy buena memoria para los nombres, y segundo porque la muerta había estado en el consultorio de Sonia hacía no más de una semana.

Mi amiga Zuli y yo éramos las secretarias de Sonia, mi hija: atendíamos el teléfono, asignábamos turnos, recibíamos a las pacientes, preparábamos sus fichas, cuidábamos el orden del fichero, acomodábamos las revistas de maternidad en la mesa ratona, reponíamos regularmente caramelos en un bol de vidrio sobre esa mesa y también una jarra de agua fría y un termo de agua caliente junto a una caja con saquitos de té. Salvo por las contadas ocasiones en que una paciente rompía bolsa en la sala de espera o el consultorio, no había grandes sobresaltos: los partos se atendían lejos de nosotras, en los respectivos satorios. La mayoría de los nacimientos salen bien; si había algún problema lo sabíamos, porque mi hija volvía demacrada, y no le preguntábamos para no hacerla llorar. Zuli era la secre-

taria de la mañana y yo, la de la tarde. Trabajábamos mientras los chicos y los chiquitos estaban el colegio; después Sonia no atendía más y, salvo cuando ella se iba a un parto, las tres estábamos disponibles para mis nietos.

En casa nos ayudaba Amanda, que ordenaba todo (vegetales, libros, seres humanos) por tamaño o color. Aunque antes los llamábamos por el apellido (los Hidalgo, los Lucena, los Ruña, en orden de aparición), nosotras mismas terminamos por adoptar su categorización de mis nietos: los grandes son Camilo y Tania; los chicos, Mateo y Pedro, y los chiquitos, Clara y Benjamín. A cada par le corresponde un padre, uno de los tres maridos que mi hija tuvo antes de Federico.

No recuerdo en qué punto de su embarazo llegó Sabrina a atenderse con Sonia: algunas chicas vienen cuando están de semanas y otras, mucho más tarde, disconformes con el obstetra anterior. Las pacientes de Sonia, por lo general, le son leales. Tienen la necesidad de permanecer bajo su ala. Las tranquiliza su familiaridad con todo lo que hace a un embarazo, su seguridad para dar respuesta a cualquier temor y, más que nada, la especie de arisca ternura que tiene por tomarse en serio la responsabilidad de que resulte bien lo que es la mayor ilusión en la vida del ser humano promedio: que los hijos nazcan sanos.

En fin, no sé de cuántos meses llegó Sabrina Dáquila a nuestro consultorio, pero yo la conocí con panza. Aunque ella no dejaba de ser una chica escuálida, ya se le notaba el embarazo; seguro en el colectivo le darían el asiento. La primera vez que vino, estábamos en el rato en el que coincidíamos para que Zuli me pasara las tareas pendientes: pacientes a las que había que llamar para cancelar algún turno porque Sonia tenía que irse a atender un parto o cosas así.

A su vez, en esos momentos yo la ponía al tanto de las novedades de los nenes, si era un día normal (los horarios de las actividades de todos están anotados en un cronograma en la puerta de la heladera), o si alguno de mis yernos había lla-

mado para cambiar el día en que iban a sus casas, o si alguno de mis nietos tenía algún cumpleaños o un turno al que debíamos llevarlo nosotras. Estábamos en ese rato cuando la paciente que estaba con Sonia salió y Zuli hizo pasar a Sabrina.

—¿Viste? —me dijo por lo bajo una vez que la chica entró—. Se parece a Penélope Cruz pero en fea; le falta el glamur, la figura, la belleza y la gracia.

En el momento le contesté:

—No seas mala.

Pero después de eso Sabrina fue una vez en mi horario y no pude evitar mirarla y pensar que Zuli tenía razón. Y hacía pocos días habíamos vuelto a verla también cuando hacíamos el pase de manos; en esa oportunidad estaba con el marido.

Ahora, una foto de ella con un minúsculo vestido rosado ocupaba la pantalla. Se la había tomado ella misma con su celular, en una pose provocativa frente al espejo. En el zócalo, decía Crimen pasional, y era raro que pusieran una foto de antes del embarazo, pero Sabrina estaba tan despechugada que era ideal para alimentar el morbo: Bea Baigorria conocía bien a su público.

Zuli y yo estábamos embobadas con la tele. ¿Qué harían los chiquitos? ¿En qué momento había llegado Camilo? Recién reparé en que estaba en casa cuando salió corriendo al baño y se puso a vomitar cual Linda Blair en *El exorcista*. Mi nieto era el único estudiante de medicina del mundo al que lo descomponía la sangre, incluso la idea de la sangre, porque en la tele (en un gesto de discreción insólito) por el momento sangre no mostraban...

Camilo trabaja de secretario en el consultorio de su papá, que no usa fichas, sino computadora, cosa que en nuestro caso hubiera sido imposible, mitad porque nosotras no entendíamos nada y mitad porque Sonia le escapa a la tecnología. Gerardo cuenta que, una vez, una chica rompió bolsa delante de Cami y no sabían si atender primero a ella o a él. Al con-

sultorio de Sonia, en cambio, solo va los fines de semana, pero a ensayar; ella le dio una llave para que pueda encerrarse ahí con el bajo y tocar tranquilo sin molestar a nadie; igual los vecinos se quejan.

Con Camilo descompuesto, fue como si Zuli volviera en sí y apagó la tele. Clara no sacaba la vista de la pantalla en negro y preguntó si iban a mostrar o no a la chica con la panza abierta; yo me quedé muda, pero Zuli le contestó que eran todas mentiras de la tele. Ahí Benji acotó algo en su idioma todavía inentendible (pero pareció que tenía más que ver con sus auitos que con nada), y entonces sonó el teléfono.

Era Sonia, y por un instante pensé que había visto la noticia en su hotel de Santiago de Chile, que el asunto de la embarazada muerta había causado revuelo en su convención de obstetras, que habían circulado la noticia y ella, ahora desencajada, había reconocido a su paciente. Nada de eso. Se había hospedado en un hotelazo nuevo espectacular y estaba de lo más relajada, usando todos los *amenities*. Quería charlar un ratito con los chiquitos. Como una tonta le pasé con Clara. Para qué. No había terminado de decir hola que ya le hablaba a la madre de la Em-ba-ra-za-da-a-se-si-na-da, y fue Zuli la que tuvo los reflejos de sacarle el auricular y decirle que ni idea de qué hablaba la nena, alguna macana que habría escuchado en el colegio o por ahí, que estábamos por servir la cena, que mejor no distraer a los chiquitos, porque si no ninguno comía nada.

Fue cortar y que llamara Federico. Yo estaba tan alterada que ni lo dejé hablar y empecé a contarle lo que habíamos visto en la tele. Me pidió un instante para encender la suya, y nos quedamos callados el tiempo que, entiendo, le habrá llevado ponerse en órbita.

—Pobre chica —dijo apenas.

Y yo respondí:

—¿Podés creer que era paciente de Sonia?

Hubo un nuevo silencio, y pensé que se había quedado pasmado, y sí, porque al fin dijo:

—No te lo puedo creer...

Y después todo lo que se estila en una situación como esa (terrible, qué horror, qué espanto) hasta que le pregunté por qué había llamado.

—Ah, sí —dijo y agregó que había tenido una idea, pero que le dijera con confianza qué pensaba, porque lo último que quería era abusar. Había ordenado sus cosas de trabajo y había pensado en caerle de sorpresa en Chile a Sonia, y así pasar un par de días de novios antes del nacimiento de la bebé; a cada rato salían vuelos, y el viaje duraba un pelín. A mí me pareció una idea estupenda, y supe que Zuli también estaría de acuerdo: si en algún momento mi hija llegaba a enterarse de las novedades, era mejor que estuviera con su esposo.

Federico era un encanto de persona y tenía adoración conmigo. Me vería con mis nietos y pensaría que también con sus hijos iba a ser así, y tenía toda la razón del mundo. Cuando una es joven no lo sabe, pero una no *es* lo que es a los quince o a los treinta o a los cincuenta. De vieja, entiende que no tiene nada que ver con quien era de chica, que la vida nada más es cambiar, y que una solamente es lo que es de vieja, cuando ya no cambia. Yo de vieja soy la abuela de mis nietos. Mi verdadero yo es la abuela de estos chicos, como si en mis genes estuvieran escritas las recetas de las variantes de pastas que le gustan a cada uno o las instrucciones para hacerles los tejidos que mejor les quedan.

Claro que la presencia de Zuli resultó invalorable. Somos muchos de familia, y ni siquiera digo para las grandes cosas, como cuando, tramiterío mediante, llevé a Tania a un torneo de patín (en la época en que hacía patín) en Montevideo porque los padres tenían tanto trabajo que no podían ocuparse, y mi amiga sola hizo malabares con mis otros nietos. Incluso para la vida cotidiana: Zuli fue mi salvación. Porque una cosa

es hacer raviolos para ocho o diez, y otra muy distinta es hacer para algunos raviolos de ricota con pesto, para otros de ricota con salsa de tomate, o con salsa también pero de pollo, o los de pollo con aceite y queso.

Apenas corté con Federico, Tania salió de la habitación arrastrando los pies y se echó en el sillón sin saludar. Solo le dijo a Camilo que estaba por pasar a buscarlos el padre y ni se inmutó de verlo tan descompuesto. ¡Qué cambiada estaba esa criatura! La mayor de mis nietas... De chiquita era un ángel. Adoraba venir a casa, porque yo le leía los cuentos de la colección Mis animalitos, que habían sido de su mamá. Los leíamos tantas veces que antes de aprender a leer ya podía completar todas las frases de memoria. Cuando le llegó la supuesta edad del pavo: nada, ella amorosa como siempre. Y de pronto, ya casi adulta, sin motivo ni razón, zácate, se puso así. ¿Por qué llegó a hablar de esa forma? ¿Por qué se vestía como se vestía, toda de negro, con medibachas rotas? Salía y volvía a cualquier hora, y al otro día, si se levantaba, estaba como sonámbula. Y mi hija... ¿no se daba cuenta o no quería ver? O en una de esas no le parecía tan grave, pensaría que ya se le iba a pasar. Igual qué podía reprocharle yo, que no entendí lo que pasaba hasta mucho más tarde.

Gerardo, el padre de Tania y Camilo, llegó a buscarlos enseguida, y Zuli le explicó todo, porque Cami había vomitado tanto que teníamos miedo de que terminara por deshidratarse. Estaba hecho una piltrafa. Yo hubiera querido que se quedara con nosotras, apachacharlo, hacerle un tecito, pero su padre es un tesoro y, además, siendo médico, sabría mejor que nosotras qué hacer. Pienso que esa noche Tania no llegó ni a enterarse de nada de lo que había pasado, porque se fue con su cara de zombi y otra vez sin saludar, aunque nosotras, chau, preciosa, chau, mi tesoro.

No bien los grandes terminaron de irse, Zuli y yo servimos pizza con la ilusión de que los chiquitos comieran, pero como

era habitual Clara no probó bocado y Benji comió solo la mozzarella, con sus deditos. A nosotras no nos pasaba la comida por la boca, y mucho menos cuando vimos que Clarita ponía su muñeca sobre la mesa, le abría la ropa y dibujaba en su cuerpito de tela una incisión de cirujano, o de cirujano loco, porque llegaba de la pelvis al cuello, y la frutilla del postre era que del corte asomaba también dibujada una cabecita de bebé.

Clarita siempre fue así. Por esa época, Zuli y yo andábamos alerta cuando estaba en casa, porque la maestra había mandado varias notas diciendo que le había dado por hacerse una bolita en el piso detrás de las personas de modo que, si daban un paso atrás, se tropezaban. La última nota había llegado la semana anterior y decía que el colegio había sido tolerante mientras se lo hizo a los compañeritos, pero que el señor de ordenanza había terminado con tres puntos en la cabeza a causa de la supuesta gracia de la nena. Como mi hija había decidido que en la actualidad los colegios ponían afuera problemas que tenían que resolver adentro y en consecuencia había resuelto dejar de abrir los cuadernos de comunicados de los chicos, la nota la había firmado Sergio, el papá de los chiquitos, que por otra parte había tenido que ir a comparecer a la dirección y se había comprometido a llevarla a hacer un psicodiagnóstico. Zuli y yo tocábamos madera: si nos caíamos nosotras, era fija que nos quebrábamos la cadera o nos desnucábamos.

Cuando Zuli vio la muñeca seudodescuartizada propuso hablar de cosas lindas, como que faltaba poco para que volviera la mamá y de seguro les traería hermosos regalos, chiches o lápices nuevos, y entonces Clara dijo que ella no quería más lápices ni juguetes, sino un gato. Y cuando dijo gato empezó a lamerse los brazos mientras repetía:

—Miau, miau.

Le iba a decir que no hiciera esa chanchada pero Zuli me atajó:

—Dejala, se inmuniza.

Con las cosas que estaban pasando, qué importaba un detalle como ese.

Apenas terminamos de comer (o de no comer, más bien) llamó otra vez Sonia para darles el beso de las buenas noches a los chiquitos. Ya no tuvimos escapatoria, así que le pasé el teléfono a Clarita rogando que no dijera nada. Pero a los dos segundos, cuando la nena le habló de la muerta que había visto en la tele, escuché los gritos, aunque estaba a algunos metros del auricular, y cuando quise agarrarlo se me adelantó Zuli. Trató de calmarla, le dijo que en Buenos Aires no se hablaba de otra cosa, que los nenes se habían enterado en el trayecto del colegio a casa, en el chino, en el ascensor. Tranquila, están bien, besito, chau, chau. Zuli pudo haber sido domadora de leones.

Los chiquitos se durmieron mirando *Blancanieves*; a Clara le fascinaba la escena en que la madrastra le pide al cazador que mate a la chica y le traiga el corazón como prueba. No creo que a Benji le encantara, pero todavía no sabía hablar para quejarse, pobrecito... Ya solas, pusimos las noticias en el televisor del cuarto. La cara de Sabrina Dáquila seguía en todos los canales, y ahora se le sumaba también la del viudo que, hecho un mar de lágrimas, reclamaba justicia por su mujer y su hijo. Bea Baigorria había movido cielo y tierra para conseguir en tiempo récord lo que nadie: el video de la ecografía 3D del bebé muerto, de manera que ahí estaba (en exclusiva, en *Lo importante*) un feto-fantasma haciendo morisquetas para la audiencia fiel de esa mujer-monstruo.

De reojo, vi que Zuli estaba blanca como un papel, y a mí misma se me puso la piel de gallina. Apagué sin preguntarle. Íbamos a tomar café con unos bomboncitos que nos había llevado una paciente de Sonia, pero Zuli dijo que tenía el estómago cerrado, y yo me sentía igual. Nos quedamos ahí como momias y de a poco nos acomodamos y en algún momento nos quedamos dormidas.

Esa noche, Clara me despertó dos veces. Había tenido lo que para cualquier otro chico hubieran sido pesadillas, pero ella no estaba angustiada. No lo contaba con miedo, sino con ansiedad, como si lo contara para no olvidarse. En el primer sueño, ella y su amiga Luna le sacaban el corazón a la maestra y se lo comían delante de todo el grado; dijo que era como de helado, pero no se derretía nunca. En el segundo, la chica muerta de la tele la corría por nuestra casa, con la panza abierta a modo de bolsillo, y el bebé ensangrentado asomaba como un bebé canguro. Las dos veces me levanté yo, porque Zuli dormía como un tronco y no se enteraba de nada; la segunda, me quedé dormida en la cama con la nena.